

CODIGO DA VINCI

La lógica “oculta” de su entramado argumental

Lejos de asemejarse a aquellos clásicos y queribles personajes de las grandes obras de la literatura los personajes de este best seller no son ricos, complejos ni memorables como quisiéramos o esperaríamos que fuesen, viniendo de un libro tan vendido. Tan luego fueron concebidos bajo los estrictos parámetros comerciales del prototipo de los personajes contemporáneos, simples, vacíos y superficiales, más cercanos a una verdadera mentira que a una ficción de verdad.

I

Los personajes que Dan Brawn con sobrada habilidad des-articula en esta novela *soft* se encuentran cortados por el trazo de la misma pluma, idealista y superficial, con la que crea y recrea todo lo que su ávida mano literaria-comercial puede producir en estos tiempos que corren como *literatura*. Huelga decirlo, pero así los concibe él para el gran público: jóvenes, bellos, famosos, exitosos, brillantes y, por supuesto, ridículamente infalibles. Porque la mayor parte del tiempo son fríos, chatos, ególatras, presumidos, irónicos, insensibles, inexpresivos, sin personalidad, sin sentimientos, sin estilo y sin carisma; carentes de toda creatividad y credibilidad; superpuestos –con astuto cálculo especulativo- en el marco de un thriller liviano, pasatista y previsible, más ligado al interés por las ventas espectaculares que por su profundidad psicológica y espiritual. Y si no, veamos en un breve extracto de su primera novela *La fortaleza digital*, situada en Sevilla, (y con una trama similar a la de todas sus novelas en la que sobran engaños, crímenes y códigos indescifrables), una descripción que Brawn hace de su protagonista:

“David Becker (algún parecido con David Beckan, el jugador inglés). El único hombre al que había amado. El profesor más joven de la Universidad de Georgetown y brillante especialista en idiomas extranjeros, una celebridad en el mundo académico. Con memoria fotográfica innata y pasión por los idiomas, dominaba seis dialectos asiáticos, además del español, francés e italiano. Sus conferencias sobre etimología y lingüística llenaban a rebosar las aulas, y no se marchaba hasta haber contestado todas las preguntas. Hablaba con autoridad y entusiasmo, ignorando, en apariencia, las miradas adoradoras de sus alumnas”.

A simple vista, nadie sabe porqué este famoso autor estadounidense se obsesiona en fabricar a estos impertérritos héroes de papel sin vida y sin que puedan permitirse, en algún momento de la aventura, la vacilación y la duda. Jamás se amedrentan, jamás se equivocan, jamás fallan ni son engañados; y si alguna vez producen un atisbo de tropiezo es seguramente porque la persona en la que depositaron su fe los traicionó, o simplemente los defraudó, porque, claro, jamás se encuentran a su altura intelectual.

La completa falta de autenticidad en el semblante de estos personajes, carentes de matices, de hilachas y tropiezos, hacen que mantengan en sí mismos una seguridad impostada, totalmente acartonada, lo que los hace lucir a lo largo de las páginas espantosamente artificiales. Se enfrentan a villanos irrisorios, incapaces de competir con la lucidez intelectual de los protagonistas, pues estos siempre saben todo de antemano y, si no es así, lo intuyen desde el inicio de la historia. Estos caracteres son como monigotes vacíos, opacos y disformes, predecibles hasta la médula. Hasta el hartazgo.

Con una vocación, mezcla de héroe y de mártir, los personajes de Dan Brawn sacrifican su reputación - y su tiempo- en pos de contribuir con la ley y luchar contra el delito, muy propio del estilo hollywoodense, digámoslo. Obsesionados por restablecer el orden y la paz mundial -como le encanta mostrarse a los norteamericanos ante el mundo- viven para recordarnos permanentemente los nobles ideales que hicieron grande y bello a su país. Su rasgo más distintivo es la desmesura, en todos los aspectos de su personalidad. El autor siente un goce muy particular por envolver a sus héroes y heroínas en ambientes de lujo y confort y rodearlos superficialmente de lo mejor, de lo más grande, de lo más bello, de lo más imponente y deslumbrante; concebirlos a la sombra de la perfección del espíritu y el cuerpo de los antiguos griegos. A Dan Brawn le encanta la idea de que los protagonistas de sus obras guen y protejan al resto los mortales ciudadanos, con una misión que raya lo divino, pues nacieron sólo para ser queridos y admirados, en calidad de *inalcanzables*. Esta clase de personajes, deslumbran y enceguecen por ser totalmente cerebrales y calculadores y dejar afuera la falla que podría humanizarlos. Especulan y analizan la mayor parte del tiempo, como si fueran computadoras humanas que han sido programadas para resolver un aburrido juego de palabras y sentidos vacíos, cruzados y contradictorios que, como siempre, nunca llevan a ninguna otra parte. Tal parece que el genio sobrante de estos personajes idealizados, irreales, ha sido fabricados minuciosamente a imagen y semejanza del genio faltante de su autor.

Es difícil lograr una identificación plena con personajes así, tan herméticamente encerrados en la perfección de sí mismos, construcciones más copiadas de los clásicos héroes de la cinematografía yanqui que inspiradas en los de la literatura universal. Es obvio: una idealización tan ridícula e infantil tiene que rayar necesariamente en el vano de lo cómico y lo grotesco. El precio más alto por alejarse de los aspectos más humanos y concebir a los protagonistas de la historia, tan inmaculadamente perfectos y acertados, deberá ser, sin lugar a dudas, la consecuente exclusión del otro, es decir: del mismo lector. Una verdad que, si bien contrasta con lo paradójico, por el hecho de ser un libro leído por millones de personas, no es menos cierto que la exclusión a la que aquí nos referimos no es propiamente la del lector, sino de la exclusión del lado *humano* del lector.

II

La protagonista principal es una mujer joven, pelirroja y atractiva. Una criptógrafa parisina de ojos verdes, licenciada en el Royal Holloway en Inglaterra que, pese a demostrar tan pocos atributos espirituales y afectivos -como los sobrados intelectuales- termina siendo nada más ni nada menos que la descendiente directa de María Magdalena y Jesucristo. Junto a un hermano perdido, que no logra opacarla en casi toda la historia (ya que no aparece sino hasta el final) porque ella es -créase o no- la única superviviente directa del linaje real de Jesús.

El co-protagonista es un profesor de Simbología Religiosa licenciado en la Universidad de Harvard, experto sabelotodo, infalible y aventurero. Joven, atractivo, de ojos claros, famoso y adinerado: una

réplica de Indiana Jones. Incluso es fóbico a los lugares cerrados (Indiana Jones es fóbico a las serpientes) y representa al típico héroe yanqui, seductor y de perfecta apostura, que es convocado para realizar una misión extraordinaria, como las recordadas de James Bond.

Lleva un reloj de "Mickey Mouse" -por admiración a Walt Disney-; otra tierna infantilidad. Según el autor, Disney trabajó para divulgar en los niños el antiguo secreto, pues el cuento de Blanca nieves y la Bella Durmiente no serían, en su ardiente imaginación, otra cosa que ¡una metáfora de la historia de Magdalena! Otra demostración de que todo el mundo gira en torno al gran secreto que él, Dan Brawn, divulgará a nosotros, los pobres lectores ignorantes, con orgullo y con exclusividad.

Como es de esperarse, el destacado historiador que hace de protagonista es consultado por infinidad de importantes historiadores y apasionada gente del arte. Una revista lo incluye en la lista de las diez personas más fascinantes de la ciudad y, como si fuera poco, las más grandes e importantes Universidades del mundo se complacen en presentar sus conferencias. Ha escrito el libro más importante sobre Iconología Religiosa, que muchos universitarios utilizan -como no podía ser de otro modo- como libro de texto en sus clases.

El insulso capitán de policía es un personaje tan vacío como contradictorio. Es el típico jefe torpe y cascarrabias que tiene a cargo un teniente más torpe e ineficaz que él. Es famoso por el éxito que tiene en la resolución de sus casos pero, en esta investigación, se caracteriza por hacer solo el papel de idiota: un mal recuerdo del inspector Clouse. No es ni agudo ni sagaz. Se guía sólo por lo obvio y lo aparente. Desde el primer momento está equivocado. 1) desde la primera línea está convencido de que el asesino es el protagonista. 2) siempre está a punto de capturarlo pero luego se le escapa. 3) siempre llega tarde y es desconcertado y humillado por los sospechosos (como cuando le descubren el dispositivo de seguimiento que le había puesto en el bolsillo al sospechoso y lo tiran sobre un camión haciéndolo quedar en ridículo cuando lo encuentran a diez kilómetros de ellos). Incluso es mofado en las tiras cómicas de los diarios, como un perro de policía que quiere morder sin éxito a un delincuente americano que está atado a la Embajada.

El cerebro que se encuentra detrás de la búsqueda del grial no es otro que un miembro de la Academia Británica de Historia. Es el amigo millonario al que piden ayuda. Lleva hierros en las piernas y usa muletas, pero en realidad se mueve como si no las tuviera (otra vez vemos que el personaje está tan armadamente compacto que, aunque tenga una dificultad física, actúa como si no la tuviera). En la trama de los asesinatos estaba aparentemente implicado el Vaticano y el Opus Dei. Pero después no era verdad. El trabajo sucio lo habían hecho en realidad un monje fanático y un obispo desesperado, sin lucimientos especiales. Y como era de esperarse, el trabajo de espionaje estuvo a cargo de su propio mayordomo: nada sorprendente.

El asesino es un fanático religioso, alto y corpulento. Lleva una placa de cilicio clavada en la carne para causarse dolor, cada vez que se cruza en la calle con una mujer atractiva o cuando hace algo que considera pecaminoso. Sólo le basta ajustar un tornillo al pequeño aparato de tortura que lleva adherido a la pierna para masoquearse solo: todo un villano de historieta. Demasiado grotesco, demasiado evidente, demasiado vacío y sin personalidad; con el acento puesto siempre en el aspecto físico y no en la profundización de las emociones.

III

La trama de la historia comienza con la siguiente escena: el asesinato de un renombrado conservador (último gran maestro de una logia secreta) en las entrañas mismas de la Gran Galería del museo Louvre

es ya, desde el prólogo del libro, un atractivo muy interesante para desarrollar. Sin embargo, en las veinte páginas siguientes, la escena del crimen se malogra al convertirse en una inconsistente y tediosa telaraña de símbolos, anagramas y acertijos.

Siguiendo el hilo de esta primer escena se puede ver que la credibilidad ganada en el inicio se pierde inmediatamente después, cuando el moribundo conservador, retorciéndose de dolor, hace acopio de todas sus fuerzas para llevar a cabo lo siguiente: mientras se muere (a causa de un disparo en el estómago) se desnuda, con la sangre se dibuja una estrella de cinco puntas alrededor del ombligo, y con una lapicera de tinta invisible escribe sus últimas palabras: un número (que será la serie de Fibonacci mezclada y luego la clave de una bóveda secreta); dos frases (que son anagramas del nombre de Leonardo da Vinci y la Mona Lisa, un cuadro que tiene muy cerca de él); y el nombre del investigador al que compromete, con el explícito “P. S. Buscar a fulano de tal”. Esto no es todo. Luego traza con la lapicera mágica un círculo invisible en el suelo y se acuesta adentro, boca arriba, copiando nada menos que la archiconocida posición del hombre de Vitrubio de Leonardo. ¿Increíble, verdad? Por lo menos para alguien que está al borde de la muerte y solo tiene fuerzas para respirar.

Esta engorrosa combinación de muerte, rituales y secretos es una elaboración poco creíble y exageradamente rebuscada, que habla más del carácter de una neurosis obsesiva que de una mente brillante y genial (como pretende hacerla pasar nuestro brillante y genial autor). Por un lado, el muerto no tenía tiempo para pensar en el efecto del nombre del investigador (al señalarlo como el gran sospechoso del crimen) pero sí pudo pensar –y elaborar al mismo tiempo- un ritual tan complicado para despistar a los criptógrafos de la policía. Genial.

El extraño y meticuloso ceremonial realizado por el conservador en su lecho de muerte es tan infantil como artificioso. Su falta de creatividad nada más le sirve para “llamar la atención de su nieta” de la que estaba distanciado, y lograr que ella se interese en interpretar el misterio de su muerte. A partir de allí todo va a girar en torno a la heroína. Debemos comprender que cada mensaje, cada símbolo, cada clave escondida que dejó su abuelo en la escena del crimen ¡es exclusivamente para llamar la atención de su nieta! ¿Cuesta creerlo, verdad?. De todas formas no alcanza con que todo tenga un mensaje escondido, un sentido oculto. Todo tiene que tener “dos sentidos” ocultos. Por algo el último Gran Maestro es maestro, justamente, del “doble sentido”. Y por ende: de lo oculto.

En el Código da Vinci hay un supuesto maestro que juega permanentemente con el doble sentido y, como su nombre lo indica, termina codificando el sentido de su propia muerte, a través de un número, un nombre y dos acertijos que deja escritos en el piso del museo. Por supuesto, es la criptóloga de su nieta quien está encargada de decodificar aquel misterioso lenguaje ilegible legado por el genio de su abuelo. Pero esta apasionante empresa de desciframiento se verá pronto opacada por la tediosa e interminable repetición de anagramas que encierran otros anagramas. Por ejemplo: El primer anagrama lo lleva a otro anagrama, escrito con tinta invisible (sobre el cuadro de la mona lisa). Este segundo anagrama lo lleva a descubrir una llave (detrás de un cuadro de Leonardo). Esta llave lleva una dirección encriptada, escrita también con tinta invisible, (que lo lleva a la bóveda de un banco suizo). En la bóveda del banco suizo hay una caja fuerte, con una supuesta información secreta referida al Santo Grial. Pero en la caja fuerte no está el mensaje, sino otra caja fuerte más pequeña. Y en la caja fuerte más pequeña –donde se supondría habría un mapa del Grial- sólo hay encriptado otro enigma: cuatro líneas de la estrofa de un verso.

Cada enigma que se revela es un rodeo burlón y tedioso que desanima y adormece el ánimo del buen lector. Y para pasar de un enigma a otro, primero hay que cruzar por otro enigma intermedio. Por ejemplo: En la caja de madera que contiene la caja fuerte (o criptex) hay oculto un papel con un poema (escrito al revés como lo hacía Leonardo, claro). Con la mitad de este acertijo, descubren la clave de

cinco letras “Sofía” que abre la caja fuerte grande; y con la otra mitad, descubren la otra clave, también de cinco letras “Pomum” para abrir la caja fuerte pequeña.

Cabe destacar que ninguno de los tres protagonistas fue capaz de reconocer o asociar aquella escritura con la de Leonardo. El destacado académico, el especialista en simbología y licenciado en Harvard... ¡lo confundió con una “lengua semítica”! Es imperdonable. Más que un error idiota parece ser un verdadero lapsus. El miembro de la Academia Británica de Historia, ¡vio que se trataba de una “transcripción de la lengua hebrea”! Y la experta criptóloga, ¡no fue capaz de reconocer la letra de su abuelo quien la tenía acostumbrada desde niña a escribirle toda clase de acertijos! Después de tres carillas, la chica recuerda que, entre los numerosos talentos artísticos del genio de su abuelo estaba su habilidad para escribir al revés –como lo hacía Leonardo, claro, no podía faltar esta burda imitación-. Este giro vacío y carente de sentido es sólo otra pérdida de tiempo. Los protagonistas, supuestamente expertos en la materia, debieron haberla reconocido ya en el segundo párrafo, y así el autor no tendría que haber llenado tres hojas seguidas con palabras innecesarias (que solo sirvieron para engrosar innecesariamente el libro, y con él, claro, también su valor económico).

IV

Los padres de Sofía, la protagonista, fallecieron en un accidente de auto cuando ella tenía sólo cuatro años. A partir de allí vivió con el abuelo hasta que fue mayor de edad. Un día lo ve haciendo el amor con una mujer joven, en medio de lo que parecía ser una fiesta negra, con velas, rituales e invitados vestidos con largas túnicas. La chica de veinte años se escandaliza, se ofende y, sin decir una palabra se marcha de la casa para siempre. Vive diez años ofendida y lastimada sin querer hablar con su abuelo, hasta el día de su asesinato en que recibe una llamada telefónica y le dice que su vida está en peligro. Recién ahí va a su encuentro, pero al llegar al museo ya lo han matado. Cuando está frente al cadáver de su abuelo (la única persona que la educó, la protegió y la cuidó desde los cuatro años) no se inmuta, no siente absolutamente nada, y no se le escapa una triste lágrima: ¡todavía se siente ofendida por lo que supuestamente “le hizo” el pobre de su abuelo!

Con esa fría indiferencia tan característica de los verdaderos profesionales, la experta en investigación criminológica se preocupa únicamente en descifrar las pistas que le dejó el muerto, sin hallarse en su rostro una sola mueca de dolor o tristeza (pues el cadáver que analiza no es otro que el de su único familiar). Parece que la brillante criptóloga, experta en extraer los mensajes encerrados en anagramas y acertijos, es incapaz de revelar al lector los sentimientos que mantiene encriptados en el fondo de su alma.

El desprecio que siente la chica hacia la figura paterna, representada por su abuelo, es desmesurado, nada creíble, y su fundamento, totalmente inconsistente. Su conflicto con el anciano conservador podría haber desencadenado una crisis de nervios, un cruce de emociones agresivas o hasta una represalia de odio y maltrato hacia su persona. Pero de ningún modo un corte tan insensible e innecesariamente abrupto. Estuvo durante diez años sin hablarle y sin tener ningún contacto con él, solamente por encontrarlo teniendo relaciones sexuales en su propia casa. Como si las relaciones afectivas se pudieran resolver con un simple distanciamiento. Al fin y al cabo, ¿qué es lo tan terrible para una joven moderna de veinte años, con un carácter tan marcadamente independiente y liberal?

Crear que alguien puede bajar la persiana así de fácil y reprimir toda carga emocional y afectiva hacia el único miembro de la familia que le queda vivo, habla de un gran desconocimiento del autor sobre la naturaleza de las relaciones humanas. Especialmente entre las que puede existir entre una chica que

vivió desde niña con su querido abuelo mientras éste, convertido en su mentor, se desvivía por cuidarla, formarla e instruirla.

Este vaciamiento emocional de todos los personajes, en general, tal vez nos esté hablando de otros vaciamientos: el de la historia, el del argumento, el de la trama... Quizás por eso estos personajes tan cerebrales y materialistas, carentes de sentimientos y sentido común, se encuentren fascinados ante la posibilidad de emprender una búsqueda espiritual como la del santo grial, que es, al parecer, la búsqueda de su propia identidad (¡pero la identidad ausente de los propios personajes!). Que al fin y al cabo no es más que la identidad del autor mismo.

V

Como era de esperar, la historia transcurre en los lugares más importantes de Europa y es un verdadero cóctel de todo el glamour de lo mejor, lo mas grande y lo mas imponente que pudo encontrar el autor en Roma, París y Londres.

El Vaticano, con toda la sentida carga religiosa; el Louvre, con su impresionante y siempre enigmática pirámide de cristal; las deslumbrantes Iglesias y Catedrales góticas llenas de enigmas arquitectónicos; los Hoteles más lujosos; y un castillo de piedra de ensueños al norte de París. También monumentos y mausoleos históricos, como la tumba del propio Newton, intentan llenar los espacios vacíos que dejan los mismos personajes.

Como en una verdadera puesta escenográfica, no pueden faltar autos lujosos, Jets privados y, claro está, millones de euros en danza. También se dan cita los cuadros más famosos e invaluable (¡hasta el punto de que la protagonista casi rompe con la rodilla un cuadro de Leonardo al utilizarlo como escudo –y rehén- simplemente para que un guardia no se atreva a dispararle!). Estas vueltas cargadas con un tratamiento tan dramáticamente exagerado terminan girando, como ya dijimos, hacia lo cómico y grotesco.

También, siguiendo el ritmo vertiginoso de los tiempos modernos, no podían faltar persecuciones cinematográficas en auto al estilo “Bond”. Fiel a un estilo liviano y pasatista, otro de los condimentos que acompañan la velocidad es la tecnología de punta, puesta aquí al servicio de la decodificación: (bolígrafos de tinta invisible, linternas de rayos ultravioletas, llave maestra futurista, incopiable, con sistema láser, dispositivos de seguimiento monitorizado GPS, por medio de un satélite con un Sistema de Posicionamiento Global, etc).

Hay mucha tela para cortar en la supoción de oscuros secretos bajo las capas de pintura de las obras maestras. No obstante, la premisa de que las personalidades más destacadas y famosas del mundo formaron parte de Sociedades Secretas contribuye a aumentar su fascinación por ellos: científicos, pintores, músicos, escritores y pensadores como Newton, Da Vinci, Boticelli, Poussin, Bernini, Mozart, Wagner y Víctor Hugo, entre otros, parecen volverse más atractivos cuando se sospecha que existe detrás de ellos una logia, y que puede ser ésta la clave para comprender el secreto de sus maravillosas obras. La idea es siempre la misma obsesión metafísica: buscar en lo profundo o más allá de las cosas, lo que siempre reluce y enceguece en la superficie.

Mientras se va desarrollando el interminable y monótono juego de acertijos, las excusas abundan para mechar raíces etimológicas con comentarios o “curiosidades”, como por ejemplo, el ciclo de cuatro años que siguen los Juegos Olímpicos o la utilización por parte de los Estados Unidos del pentáculo como símbolo bélico cuando en la antigüedad fue símbolo del amor y la belleza. Nada que no pueda hallarse –y más extensamente desarrollado- en revistas especializadas de divulgación.

Como la posición de la mujer en el nuevo milenio ya no es la misma que hace una o dos décadas atrás, lo mejor para sumar puntos ante los ojos de las nuevas o potenciales “lectoras” es, por supuesto, resaltar la figura femenina. Y desde todos los ángulos y aspectos posibles.

Para emprender esta loable tarea, nada mejor que adherir a la vieja tradición hinduista en la que la mujer tenía un papel preponderante, al ser vista por los hombres santos como sus “equivalentes femeninos” para alcanzar la comunión con Dios. Los hindúes consideran a la diosa Shakti como la representación de la mujer ideal, mitad esencial de la iluminación espiritual. El autor hace sostener al abuelo de la chica y al profesor que la acompaña el culto a lo femenino, y a la divina unión entre lo masculino y lo femenino: se refiere al los famosos y ya gastados arquetipos chinos conocidos como *yin* y *yang*.

No es casual que Sofía, la protagonista, sea una joven de treinta años; una edad ideal para hacerla ver suficientemente joven y madura al mismo tiempo. Ella es independiente, rebelde y segura de sí misma. Y mantiene, como en el yin y yang, un perfecto equilibrio al mostrarse tan inteligente como hermosa. Es audaz y no se amedrenta ante el peligro. Como trabaja para la policía porta un arma. Con un asustado y confundido profesor de Harvard como co-equipper, (el mejor iconógrafo mundial especializado en diosas) aunque medio torpe, forman la típica pareja despereja, donde en la balanza prevalece a favor de la figura femenina que guía, ayuda y, por momentos, hasta salva el pellejo del tímido y confundido partenaire intelectual. Una chica que domina la situación –como domina sus sentimientos- tiene, evidentemente, que manejar un “Smart” rojo, deportivo, “que gasta sólo un litro cada cien Kilómetros” (sin duda, un alarde de la protagonista al mejor estilo Bond).

La abuela no podía ser menos que la nieta. Ella es la presidenta del Patronato de Rosslyn. “Cuatro Grandes Maestros habían sido mujeres”. Y “las mujeres gozaban de un estatus –superior- y podían ascender al puesto más alto desde casi cualquier rango”. Este “superior”, es sin dudas un guiño calculado a favor de la postura feminista que el autor –con sumo cuidado- preserva, fomenta y simpatiza a lo largo de la obra.

VI

Desde el comienzo la historia presenta como único conflicto un misterioso crimen que se irá resolviendo por medio de un complejo y fastidioso juego de adivinanzas. La historia se vuelve una verdadera travesía de especulaciones que el autor alimenta desesperadamente con cada sospecha que construye, con cada conjetura que elabora sin ningún fundamento concreto y real. Como por ejemplo: que un radar con capacidad de detección subterránea había revelado la existencia de una sorprendente estructura debajo de la capilla Rosslyn, (pero que el Patronato para la preservación de Rosslyn había prohibido terminantemente a los arqueólogos realizar cualquier tipo de excavación por estar situada sobre un recinto sagrado. Siempre es la misma técnica, el mismo solapado ardid: Es absolutamente cierto que existe algo sorprendente que puede cambiar el mundo, pero que, siempre, por alguna u otra razón, nunca es posible demostrarlo fehacientemente. Lo mismo ocurre con los extraterrestres y con otros tantos enigmas que andan por allí.

Será su propia nieta, la joven y destacada criptóloga parisina, quien irá investigando y resolviendo el homicidio de su abuelo con la colaboración del brillante profesor de historia. Para ello irá siguiendo una a una las pistas encriptadas que le ha dejado su familiar antes de morir. Pero la resolución de estos anagramas y acertijos (en los que fue entrenada por su mismo abuelo) lejos de llevar a mensajes

concretos y precisos conducen a más anagramas y a más acertijos, que sólo sirven para contracturar mas al lector y, como ya dijimos, para engrosar inútilmente las páginas del libro (550).

En la mitad de la historia, el autor abandona el policial y se acerca más a la aventura. Desde este momento los personajes están más comprometidos con la búsqueda de un tesoro perdido que con la resolución de un crimen. Buscan apoyo en amigos millonarios y recorren castillos, suben a jets privados, y viajan a otros países mientras tienen a la policía todo el tiempo pisándoles los talones. Todo transcurre en una noche. Y finalmente se transforma en una persecución policial que no tiene fin. Al final aparece el capitán y sus hombres, atrapan al villano y explican los pormenores que quedaron sueltos. La chica encuentra a la abuela y al hermano que creía muertos en un accidente, pero en realidad vivían tranquilos en Escocia, en una casa de piedra que quedaba justamente detrás de la capilla de Rosslyn (como rezaba en las cuatro líneas del poema surgido de la caja fuerte pequeña).

Según parece, el endeble argumento presenta todas las características de una clásica novela *light*. Y está concebida propiamente con la estructura de un guión cinematográfico, desarrollada al más moderno estilo hollywoodense: Escrita sin profundidad. Con un lenguaje simple y sencillo. Con frases telegráficas. Capítulos de una, dos y tres carillas. Y una narración descriptiva básicamente lineal.

Como ya explicamos, el desarrollo de la historia se basa únicamente en la adivinación de acertijos que, una vez resueltos, conducen a nuevos acertijos. Son como cajas chinas unas dentro de otras. Cabe notar una curiosidad: por un lado el autor utiliza las palabras mínimas y necesarias para describir los sentimientos o las acciones de los personajes, las situaciones, los lugares, etc. Pero, por otro lado, da rienda suelta al palabrerío vacío y pone toda la energía en la descripción de cada uno de esos entreverados juegos de palabras, que no conducen más que al agotamiento y al fastidio del lector. Las palabras que economiza por un lado, las pierde por el otro. El autor decide sacrificar la belleza de la narración para descargar toda la tinta en la repetición obsesiva de anagramas vacíos, ridículos y completamente aburridos, que no hacen más que satisfacer la neurosis de sus personajes –y muy especialmente- la suya propia.

Hay un vicio literario muy usado por los autores de novelas comerciales y que se ve crecer cada vez mas en las historias cinematográficas actuales, y que está presente también en esta historia. Hay algo que no se dice para crear suspenso y que se mantiene oculto hasta el final. Pero el vicio radica en explicar escenas que nunca se dijeron ni se nombraron durante el trascurso de la historia. En este caso, ya no es una síntesis de la historia. Es otra historia. Cuando se produce el encuentro de la chica con la abuela y su hermano al final, recién ahí la abuela (le explica) a ella el porqué vivieron separados toda la vida. El autor no utiliza ninguna de las 550 páginas para contar o mostrar o si quiera dejar entrever esta parte de la historia que necesita explicar a las corridas en la última página, casi como si fuera otra historia.

¿Cuál será el concepto de “inteligencia” que tiene el autor del Código da Vinci? Porque lo que él llama “inteligencia extraordinaria” (de uno de los personajes) no es otra cosa que el pasatiempo de crear anagramas y acertijos que sólo conducen a otros anagramas y a otros acertijos, y estos, a otros, y estos otros a otros. El mensaje de los acertijos creados por Brawn es siempre el mismo: “hay otro acertijo”. Y esta fórmula se podría repetir siete millones de veces. El autor lo repite sólo siete veces, por que para él (como para cualquier místico avezado en la ciencia esotérica de los números) el número siete contiene siete millones de cosas. De sentidos, quiero decir. En realidad, el desplazamiento que puede hacerse de esta repetición vacía y obsesiva es *ad infinitum*. Parece que para la estrecha visión del autor, la capacidad que tienen los personajes para no decir nada es sinónimo de inteligencia y brillantez. ¿Será

por que las verdaderas capacidades de indagación, deducción y razonamiento que tenían en las historias detectivescas los viejos sabuesos como Sherlock Holmes, Hércules Poirot o el mismo Dupín, en estos personajes de Brawn, brillan completamente por su ausencia?

Para el autor, el mundo entero gira entorno al Santo Grial, ¡y hasta los cuentos de hadas como Blancanieves y la Bella Durmiente representaban la historia encubierta de Magdalena! Según él mismo cree, el propio Walt Disney “había dedicado su placida y corta existencia a trabajar para transmitir la historia del Santo Grial a las futuras generaciones”. Perfecto; ¿quién puede negarlo? La tradición esotérica parte de la asociación de que el Santo Grial es el símbolo antiguo de la feminidad y, por tanto, representa la divinidad femenina y la diosa que fue suprimida de raíz por la Iglesia (María Magdalena). El Grial es Magdalena; la madre del descendiente de Jesús. Es evidente que todas estas aseveraciones no deberían tomarse demasiado en serio. Son fruto de lo que la ficción necesita para patentar el elemento fantástico de la historia.

VII

La idea de que existe un objeto (en este caso la verdad) que puede cambiar el rumbo de la humanidad pero que, paradójicamente “no debería revelarse nunca” (por el mismo bien de la humanidad) permite vislumbrar el encubrimiento de una secreta utopía. La lógica del Código da Vinci se sustenta, pues, de una cadena interminable de supuestos. Si hubiera un objeto de tales características, seguro que sería capaz de modificar la visión que la gente tiene de muchas cosas. Cabe esperar que su sola revelación voltearía a las iglesias, crearía una época de paz y prosperidad para toda la gente, liberaría al mundo del hambre y la esclavitud, en fin: liberaría, despertaría, curaría, cambiaría... son todos potenciales, vanas afirmaciones desencadenadas por la misma presunción.

En el caso de que no fuera un objeto hipotético y se pudiera demostrar su veracidad, se necesitaría de todos modos de la suposición para calcular los posibles alcances de su desocultamiento. Todo es una gran presuposición: Se supone que hay un objeto..., y se supone que la revelación de este objeto pondría en jaque a la iglesia..., y se supone que cuando la iglesia caiga la gente despertará..., y se supone que cuando la gente esté despierta no habrá odio ni maldad en el mundo..., y se supone que cuando el mundo sea mejor no tendremos problemas, y así... hasta tratar de aplacar la angustia de no saber qué ocurrirá el día que dejemos de suponer qué ocurrirá.

Por otro lado, si bien es cierto que Newton desarrolló durante años sus experimentos en la frontera entre la alquimia y la química, no es convincente que un hombre de ciencia como él, que escribió con orgullo en los *Principia*: “Demuestro ahora la estructura del Sistema del Mundo” adhiriera precisamente a una logia secreta con el sólo propósito de sostener los mitos de la especulación mística-religiosa. Es fácil relacionar a aquellos hombres que cambiaron el mundo con toda clase de sectas o escuelas de masonería y deducir que sus logros fueron posibles gracias a que obtuvieron su saber de ellas y no por el esfuerzo de su propio trabajo. Claro, otra vez, ¿quién puede desmentirlo?

El hecho es que Newton y las Conjeturas siempre anduvieron por caminos diferentes. Para él la alquimia era una hipótesis de trabajo, no una creencia. La visión romántica de un Newton secreto, desconocido e inaccesible, puede ser fascinante, pero no así necesaria. Es ingenuo pensar que un verdadero amante de la elaboración matemática, un verdadero constructor de leyes matemáticas como fue él, pudiera interesarse en sostener una especulación mística, un rumor religioso que jamás pudiera

ser demostrado o que –en la presunción de ser cierto- su revelación no cambiaría absolutamente nada. Cualquiera puede creer que Newton pudo haber tenido alguna vinculación con las Sociedades Secretas e interesado en los mitos de la tradición religiosa, pero lo único cierto es que él jamás se apartó de la demostración matemática, que fue la que verdaderamente hizo cambiar el rumbo del mundo y no, de la revelación de ninguna verdad oculta. Newton no revelaba; *demostraba*, y punto. La labor de este brillante intelectual no era la de ocultar ni la de desocultar, sino la de *elaborar* (con números y letras) consistencias matemáticas. Para él, la Verdad -a diferencia de los místicos que hablan de él, como el propio Dan Brown- no era concebible fuera del ámbito matemático.

La utopía (la circunscripción de ese “ningún lugar”) es el espacio oscuro y misterioso donde puede anidar y dar cobijo a la suposición cualquier sujeto. Es la cuna de la creencia, el ámbito ideal donde puede crecer y desarrollarse el germen de cualquier religión, y con ella, el germen de su parte oculta. En vez de preocuparnos por las verdades que (sí) dejaron escritas estos pensadores, nos interesa más descubrir lo que (no) dijeron, lo que (no) dejaron escrito, lo que (no) se puede leer, ver, escuchar ni tocar. Lo que sólo puede suponerse que hicieron. ¿No huele sospechoso que los místicos siempre busquen descubrir en los personajes históricos controvertidos aquello que nunca ocultaron? ¿Por qué es para ellos más fascinante lo que no–escribieron que lo que dejaron escrito? ¿Por qué es más importante lo que pudieron pensar o quisieron decir que los pensamientos que efectivamente plasmaron y dejaron dicho en sus escritos?. Con seguridad si *interpretamos* lo que nunca dijeron, les podemos hacer decir fácilmente lo que nosotros queremos que ellos hubieran dicho. Como no es posible manipular sus escritos (sin falsificar con ello sus originales) lo único que se puede manipular -sin caer en la ilegalidad- es lo que no dijeron y hubiésemos querido que dijeran. Queremos hablar por su boca, o peor aún, hacerlos hablar por la nuestra, como si fueran títeres de nuestros caprichos.

VIII

Por otro lado, es una falacia creer que la iglesia no habría podido sobrevivir de haberse hecho público que Cristo había tenido descendencia: De hecho lo hizo. Nada puede destruir la idea de divinidad que se asocia al Hijo de Dios: De hecho no ocurrió. Ni siquiera el supuesto “hijo de Jesús” (que sería el nieto de Dios) logró evitar que la iglesia cristiana sea hoy lo que ella es. La gente no va a dejar de creer en la divinidad de Cristo porque una simple “documentación” –casi siempre de carácter apócrifa y sin validez histórica- no demuestre, teorice sobre la idea de que Jesús se casó y tuvo descendencia. Como ya vimos, ninguna supuesta “verdad oculta” va a poder mover los profundos cimientos del catolicismo. Ni aún siendo ésta el descubrimiento del propio acta de matrimonio de Jesús. Las supuestas “pruebas” de su matrimonio no pueden nada contra la fe de la gente porque, sencillamente, los fieles la sostienen con el amor que le profesan.

Si los pilares de la iglesia no se estremecieron con las hogueras e instrumentos de tortura utilizados por la Inquisición es porque, probablemente, sean tan pétreos, fríos e inmoviblemente cínicos como los corazones de los mismos sacerdotes que la habitaron en el Oscurantismo. No quedó muy lejos el día que Juan Pablo II volvió a pedir perdón por los “métodos no evangélicos” pergeñados y practicados por la iglesia cristiana entre los siglos XIII para perseguir, capturar e inmolar brujas y herejes.

La iglesia se sostuvo, se sostiene y seguirá sosteniéndose pura y exclusivamente en (y por) el amor de la gente, y no, en (y por) el supuesto ocultamiento de una verdad, por más “documentada” que pretenda ser presentada. La única verdad es que los creyentes siempre van a sostener lo insostenible. Y lo vienen

haciendo desde que hubo cruz, altar y templo para hacerlo. La postulación del Código Da Vinci, enmascarada bajo la parodia de un objeto como el santo grial es, a grandes rasgos, la idea de correr al Sumo Sacerdote de su trono imperialmente espiritual para que ocupe ese lugar la presencia de una Sacerdotisa. El autor de la novela seduce masivamente con la eterna ambición del neurótico obsesivo: la centralización de la madre y la exclusión del padre.

Pero la posibilidad de modificar la estructura del mito cristiano es sólo otra utopía proclamada desde las bases del Capitalismo más ambicioso. Otra ingenua creencia de la que echan mano los editores y publicistas más sagaces y lucrativos, con la única intención de sostener al libro de Dan Brawn con la vieja promesa de un Mundo Feliz, y conducirlo así hacia el éxito de ventas. Pero fijémonos en el Santo Padre (Juan Pablo II); cuanto más enfermo y débil está, más es amado y aclamado por millones de personas en todo el mundo que, día a día, lloran y ruegan por su vida como si se tratara de la de su propio padre¹.

¿Es que alguien cree posible que más de mil millones de católicos en todo el mundo puedan perder su fe en su máximo jefe espiritual por el descubrimiento de una “persuasiva prueba científica” –como lo llama el autor del Código da Vinci-, que demuestre que la versión de la historia de Jesús que propone la iglesia no es exacta? ¿Podrá esta “demostración científica” (que los masones y místicos de todas las épocas se ufanan de poseer como su más grande tesoro) hacerle frente al amor incondicional que los cristianos sienten por Juan Pablo II y la iglesia que encabeza? La respuesta está a la vista: todo el mundo sabe que eso no ocurrirá. Sin embargo, lo más sugestivo y atrapante que desliza esta novela lo podremos encontrar en la afirmación de que “existe esa posibilidad”, con el solo el hecho de que alguien como su autor (desde el semblante de quien posee un saber oculto y verdadero) nos asegure que *eso* algún día sucederá.

La literatura fantástica produce, como es naturalmente esperable, efectos fantásticos. Pero, por el contrario, lo más seguro es que la aparición de esa supuesta “verdad oculta” sólo consiga despertar aún más el afecto que ya sienten millones y millones de fieles por la iglesia, potenciando con ello la creencia en Dios y, al mismo tiempo, tornándola verdaderamente indestructible.

En fin, como se dice: el amor *hace milagros*. Y es pues, el milagro –y no ninguna Revelación pseudo-científica como la pretendida por Dan Brawn- lo que sostiene y sostendrá la estructura religiosa más insostenible de todos los tiempos: la Iglesia Católica.

Hugo Cuccarese

¹ Cuando fue escrito el presente artículo todavía se hallaba en la iglesia Juan Pablo II.